

A continuación reproducimos el contenido de la sección Dossier, correspondiente al número 4/2012 esta vez dedicado al importante tema de la educación.

El gran tema de la Educación obsesiona a los cubanos en la actualidad. En un contexto de cambios institucionales y económicos es justo preguntarnos si las reformas incluirán a la educación.

Ante esa expectativa *Espacio Laical* ha convocado a un grupo de conocedores o partícipes de algunas zonas del proceso educativo de la sociedad cubana para que nos den sus opiniones sobre este importante asunto. Los participantes son: María del Carmen Barcia, Historiadora y Profesora de Mérito de la Universidad de La Habana, Ovidio D'Angelo, investigador social, Berta Álvarez y Leonor Amaro, ambas profesoras titulares de la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana, Hiram Hernández Castro, profesor de Teoría Sociopolítica de la Universidad de La Habana, Julio Antonio Fernández Estrada, profesor de una Filial Territorial de la Universidad de la Habana, y Luis Emilio Aybar, estudiante universitario.

¿Qué importancia tiene la educación para la dignidad del ser humano y para el funcionamiento de una sociedad?

María del Carmen Barcia: Es un acierto de este cuestionario el vincular educación con humanidad. El origen latino de este término significa formar e instruir, y esta definición nos relaciona de inmediato con el tipo de sociedad en que se vive. La cuestión entonces se hace más compleja, pues se trata de analizar para qué se forma y cómo se instruye, y entonces estamos ante un despliegue de asuntos tan complejos como son las costumbres, los hábitos, los valores y también, desde luego, los conocimientos.

Cuando un problema tiene tantas aristas es fecundo acudir a las raíces epistemológicas de nuestro pensamiento, no como simples *slogans* que se repiten ante un público que no los razona ni asimila, sino como sabias apreciaciones destinadas a introducirnos a profundidad en el tema que nos convoca. Instruir no es educar, apreció Luz y Caballero y aunque tal vez por la magnitud que alcanza el conocimiento humano en el siglo XXI, haya que estar muy preparados también para instruir, es imprescindible ser "un evangelio vivo" para educar. Esto significa que cada maestro, cada profesor, debe ser un ejemplo de conducta moral, capaz de mantener relaciones sociales adecuadas tanto desde el punto de vista formal como espiritual. Estas cuestiones se relacionan con las normas de vida que se establecen.

Decía Martí que la enseñanza era, ante todo, una obra de infinito amor, porque se trata de dar al otro, de entregar conocimientos, enseñanzas, de transmitir cultura, de formar identidades. En otro momento aprecia que la buena educación requiere instrucción, ya que "educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo por debajo de su tiempo con lo que no podrá salir a flote, es preparar al hombre para la vida."

Para que un ciudadano sea digno, es imprescindible que haya sido educado e instruido. La instrucción puede representarse en diferentes niveles de conocimientos, pero la educación, en esos aspectos que algunos llaman formales pero que en definitiva reflejan lo adquirido en la familia, en el barrio o en la escuela, es la única forma de relacionarnos adecuadamente con todos. Cuando estas formas son abruptas los vínculos sociales comienzan a ser disfuncionales.

Ovidio D'Angelo: Primero, creo que debemos situar la educación no sólo en el sistema de enseñanza formal -en un país cualquiera-, sino como un proceso complejo de socialización en el que intervienen múltiples instituciones y actores sociales cuyo resultado es, por tanto, sincrónico o no en dependencia de la articulación eficiente y coherente de todos ellos con propósitos bien definidos.

La coherencia es importante y, muchas veces, incontrolable porque depende de culturas y subculturas populares y oficiales, académicas, etc. que determinan "patrones de prácticas pedagógicas" institucionalizadas, cotidianas, tecnológicas-informáticas, etc., también en parte emergentes o impredecibles, en función de situaciones de contexto que ocurran en determinados momentos; de todo ello se deriva la reproducción de buenas o malas prácticas sociales.

Por ejemplo, en familias disfuncionales ubicadas en ámbitos socioeconómicos desfavorables puede resultar difícil construir patrones de interacción social portadores de valores sociales positivos, pueden predominar manifestaciones de violencia, prácticas delictivas, maltratos, desapego familiar, rechazo social y otros que hacen muy inercial el cambio del ambiente educativo que, en este caso, requiere del sobre esfuerzo integrado de múltiples instancias sociales y comunitarias.

Si nos referimos a las instituciones educativas formales y socializadoras también podríamos encontrar prácticas positivas y otras negativas, con la consiguiente potencialidad de reproducción simple de las prácticas tradicionales, de involución de la condición humana esencial o de fomento de la construcción de nuevas visiones enaltecedoras y dignificadoras.

De manera que el "encuentro o confrontación" de posiciones y subculturas al respecto de la formación socializadora puede presentar a la sociedad grandes retos con vistas a lograr un resultado coherente entre todos los subsistemas que atiendan a los diversos actores sociales.

Por otra parte, el avance científico-técnico, hoy, no puede separarse de la articulación de todas las ciencias (naturales, sociales, etc.), lo que es otro gran reto a la formación fragmentaria y disciplinar vigente desde la primaria hasta la universidad. Un enfoque más transdisciplinar y renovador de la educación se impone para lograr mejores profesionales, abiertos a los retos complejos de la realidad actual universal y local. En ello el papel de una ética ciudadana liberadora y responsable resulta esencial, desde los primeros años de vida hasta el ejercicio profesional maduro, en todas las ramas del conocimiento.

Esto es importante, porque la construcción de valores individuales y sociales positivos y constructores de dignidad humana forma parte de procesos que interrelacionan las subjetividades y prácticas micro-sociales con las de nivel meso y macro-social, responden al conjunto del tejido de relaciones e institucionalidades vigentes en la sociedad.

En la misma tónica, habría que destacar que los valores no son más que expresiones sintéticas de esas subjetividades y prácticas individuales y sociales, que forman configuraciones especiales de sentido; o sea, expresan los vínculos y tensiones entre dimensiones *comportamentales*, motivacionales, cognoscitivas, instrumentales, morales, estéticas, etc., que presentan las características del SER humano como un todo en contextos de relaciones sociales complejas.

De aquí que cambio educativo y cambio social vayan parejos, sean complementos necesarios en la idea de formación integral emancipatoria de las personas como ciudadanos en función del progreso y desarrollo social, ético y armónico al que deberíamos aspirar.

Berta Álvarez: La educación es fundamental en toda sociedad y a través de todos los tiempos. Se considera junto a la legislación los pilares a través de lo cual se ejerce la hegemonía de un sistema determinado. Es en verdad la condición humana. Con la educación el hombre adquiere valores, y este proceso de humanización comienza "desde la cuna misma". Educa: el hogar, la escuela y la sociedad; y muy comúnmente escuchamos que los hijos se parecen más a su época, o a su tiempo, que a sus padres. Es función principal de la educación la formación de los sujetos sociales y políticos llamados a preparar y llevar adelante el imperativo mayor de la nación, que es el de la independencia y la justicia social. La educación debe encaminar su función a ser siempre instrumento liberalizador, de creación, de lealtad, de responsabilidad. Quisiera aquí proponer aquella expresión adjudicada al padre Félix Varela

por Luz y Caballero, "el que nos enseñó a pensar en primero".

Luis Emilio Aybar Toledo: Cuando se habla de la importancia de la educación no son cruciales únicamente aquellos contenidos y capacidades que la persona adquiere para su desenvolvimiento en el medio, sino también la forma en que nos relacionamos con tal fin. No solo nos educan los contenidos, las habilidades, los valores: el método también educa. Si el método es vertical nos educamos en el autoritarismo y no en la participación, si es competitivo no aprendemos la cooperación ni la humildad, si es transmisivo y dogmático produce seres pasivos. En general no empodera a las personas ni genera un sentido de responsabilidad sobre los procesos colectivos. De manera que el método de trabajo en la escuela es también muy importante para el funcionamiento de la sociedad y para nuestra dignidad como personas. Todo ello implica una coherencia entre los fines educativos que nos planteamos, los valores que defendemos y el método pedagógico. La concepción política y pedagógica de la Educación Popular y su fundador, Paulo Freire, aportan una idea muy importante en ese sentido: si buscamos una sociedad emancipada la educación tiene que convertirse obligatoriamente en un espacio de libertad.

Julio Antonio Fernández Estrada: La educación es una obsesión de todas las personas decentes. La educación se ha pensado desde la Ilustración, que combatió a su vez los siglos de hegemonía escolástica, se ha pensado desde el Romanticismo o desde el Positivismo, unas veces con una carga más protagónica del maestro que ilumina y que lo debe enseñar todo, otras veces desde concepciones más críticas, que han balanceado el rol de los sujetos que intervienen en el proceso educativo.

La educación no se ha considerado por todas las ideas pedagógicas como una vía para la consecución de la dignidad, pero en todos los casos la educación ha acercado a los educandos a formas de vida más libre, sea en formas educativas liberadoras o en otras simplemente dirigidas al éxito.

La educación puede servir para crear modelos humanos y comportamientos sociales funcionales a tipos específicos de diseños políticos y económicos, pero si se educa mediante métodos democráticos, participativos, críticos, es posible encontrar como resultado del proceso docente, personas libres, que reaccionen a favor o en contra de los postulados que originalmente se consideraban principios de los modelos a los que se quería formar.

La búsqueda de la dignidad, la lucha por la dignidad, se debe dar en el ámbito de la organización política, económica y social de un pueblo, pero se debe también plantear en la proyección de la política educativa de un Estado o en las premisas educativas de los movimientos sociales, para no pensar la educación solo desde la superestructura política.

Una educación pública -podría ser este uno de los presupuestos de la educación para la dignidad-debe tener una carga decisiva de participación popular. Es un error pensar que puede haber dignidad en una directriz oficial que no tome en cuenta el sentir del pueblo, su sabiduría, las tradiciones, los conocimientos, las costumbres, las prácticas de vida y de lucha social. Puede crear una sensación de enajenación tanto un Estado liberal que postula una educación deshumanizada, que no enseña ni aprende los problemas de los países pobres, ni las batallas de sus pueblos, como un Estado totalitario que no enseña más verdad que la dogmática y ritualizada que lo conserva.

La dignidad, por lo tanto, no es un fin seguro de cualquier educación. Se debe plantear este derrotero para lograrlo, desde el método, la práctica, los valores, los contenidos educativos, desde la relación digna entre maestros y alumnos, desde la dignidad de las diferencias de cada estudiante, con la dignidad que existe en cada idea distinta que se exprese en un aula. Una sociedad que funcione según el nivel educacional que logre, y que pueda hacer corresponder la dignidad que produzca o fomente con un buen funcionamiento social, es una sociedad organizada de una manera interesante, pero estas variables no se relacionan en la práctica como una fórmula exacta.

Los llamados altos niveles educativos casi siempre se miden desde parámetros de instrucción, que es un dato de la educación pero no toda ella. Una buena instrucción técnica no necesariamente es una buena educación política, por ejemplo. Nos encontramos con sociedades, entonces, donde supuestos altos estándares educativos no significan altos porcentajes de participación política, o de conciencia ante los grandes dilemas humanos. Por lo tanto el funcionamiento de la sociedad se debe poner en crítica constante para que nos brinde buenos resultados. Para mí el buen funcionamiento social es el que está en relación con una educación que permite a la sociedad pensar, recrear, repensar, fundar, proponer, criticar y construir su mismo funcionamiento.

Hiram Hernández Castro: La educación es la condición y el resultado de múltiples experiencias de socialización que confluyen en la formación del ciudadano. Todas las instituciones dadoras de sentido "educan" a los individuos para que funcionen en la sociedad. Educa la familia, los medios de difusión, la convivencia social, el discurso político, la iglesia, el centro de trabajo, el arte, etc. No obstante, cuando usamos el término "educación" por lo general nos referimos a la educación formal que acontece en las escuelas y universidades. Estas son las instituciones explícitamente creadas para formar valores morales y comportamientos socialmente deseables y útiles.

Escuchamos argumentos sobre la importancia de la educación escolar en el desarrollo de las potencialidades morales e intelectuales de los individuos, o sobre el rol que cumple en la integración social al proporcionar un bagaje cultural común. También teorías que presentan a las escuelas como dispositivos de control, disciplina y normalización de los cuerpos. Ciertamente, la educación es una práctica normativa y formadora de valores, pero se trata de preguntar cuáles, cómo y para qué.

Pensar críticamente la correspondencia entre escuela y sociedad implica valorar las relaciones entre poder y saber, cultura y hegemonía que la educación reproduce o subvierte. Preguntar, por ejemplo, qué relación maestro-alumno nos dignifica o empobrece, qué tipo de saber nos quiere eficientes, adaptados, utilizables y cuál nos vale para hacernos más libres, iguales y dignos. Se trata de distinguir entre la mera introyección de las normas del *status quo* y la educación transformadora.

Si una sociedad proyecta formar ciudadanos dignos, las instituciones educativas deberán organizarse para formar sujetos capaces de resistir toda forma de explotación, desigualdad y despotismo. Sin educación democratizadora no hay país democrático. Y puesto que el "educador debe ser también educado", pertenece al contenido de la ciudadanía definir los fines, potencialidades y valores que precisa educar la sociedad en que se aspira a vivir.

Leonor Amaro: Si reconocemos que la dignidad, como afirmó Immanuel Kant, no es un regalo, sino una tarea, entonces comprenderíamos lo esencial que es para el hombre su educación. En su doctrina, el filósofo de los tiempos modernos había mostrado cómo la dignidad era una conquista siempre amenazada, y que ella no se alcanzaba únicamente por formar parte de la especie humana. Según él, la manumisión del hombre era algo muy costosa, ya que para muchos la sujeción a los poderes podría ser más confortable que la propia emancipación. De ahí su defensa de la libertad porque a través de ella el hombre se podría hacerse merecedor de la dignidad.

Por consiguiente, alcanzar la libertad a través de la educación fue el anhelo de los hombres de la Ilustración, pero no se detuvo en esa época. Cada generación tomó de estas formulaciones para ampliarla y hacerla realidad. El siglo XIX, muchas veces recordado solo por la concentración de la tecnología y los triunfos económicos, fue además toda una época de lucha por la libertad. Para muchos, la primavera del liberalismo y por ello, cardinalmente, una de las aportaciones más importantes de estos años a la Historia universal. Pero si bien la era industrial abrió una época de progreso, también intensificó la desigualdad, lo cual se expresó en el comportamiento poblacional y en el nivel educativo, este último crucial para la capacidad social de incorporar los cambios tecnológicos en un mundo mejor espiritualmente. Entonces, luchar por el acceso a la educación fue otro jalón en el progreso humano y la aceleración del mundo moderno condicionó el cambio de la escuela de memoria y castigo a la de la reflexión e indagación.

El mundo actual tiene otras características. Entre las más sobresalientes de la nueva realidad nos encontramos, en primer lugar, el hecho de que el mundo de la globalización tiende a polarizarse entre élites y excluidos, en el orden económico, y por ende en las posibilidades de educación y desarrollo. El concepto de la educación se fija como determinante de progreso, pero también como despilfarro, por lo que el Estado no podrá sufragarla en tanto se considera inversión no rentable.

¿Qué papel ha desempeñado la educación como configuradora de nuestra nacionalidad?

María del Carmen Barcia: El criollo primero y el cubano después, tuvieron siempre una preocupación por la educación y también por la instrucción, porque eran la base requerida para lograr cierta movilidad social; esa intención está en las raíces de nuestra cultura y por lo tanto forma parte de una nacionalidad construida a lo largo de más de cinco siglos. Hubo maestros desde el siglo XVI y el cabildo se preocupaba por su eficiencia, también hubo

escuelas antes de que a finales del siglo XVIII se fundara la Sociedad Económica de Amigos del País. Esta tuvo una sección dedicada exclusivamente a la educación. Desde que éramos “súbditos” y no “ciudadanos” se manifestó en las capas populares una preocupación por la formación de lo que hoy llamaríamos técnicos, puesto que eso era imprescindible para el desenvolvimiento adecuado de las familias y desde luego de la sociedad. Entre el censo de 1899 y el primero de la República se observa el interés de los negros y mulatos por alfabetizarse, pues sus indicadores en este asunto superaron a los de la población blanca. A partir de la independencia hubo una intención duradera por construir una Escuela Cubana, que llegó a tener excelentes profesores. La flor y nata de nuestros intelectuales se dedicó, en algún momento de los siglos XIX y XX, a la educación. Es cierto que de no haber existido un maestro como Rafael María de Mendive, el niño José Martí no hubiera podido desplegar sus capacidades e inteligencia a favor de Cuba y de nuestra América.

Ovidio D'Angelo: A pesar de ser un subsistema de toda la sociedad, no cabe duda de que la educación, como cuerpo socializador institucionalizado, sobre todo, desempeña un papel clave en la formación profesional, ciudadana, polivalente, compleja, creativa y liberadora que necesitan los tiempos presentes.

Ese ha sido, en su germen histórico, parte esencial de la formación de nuestra nacionalidad, marcadamente en el propósito dignificador de la persona como ciudadano aportador a una sociedad “con todos y para el bien de todos”, “de preparación del hombre para la vida”, de hacerlos “cultos para ser libres”, de la tradición martiana y de los próceres del magisterio y pensadores patrióticos históricos (Varela, Luz, Varona y tantos otros), contribuyentes a la formación de nuestra nación.

En general, podríamos decir que hoy somos una sociedad básicamente instruida –aunque no en todos los campos del saber humano, ni con respecto a las responsabilidades ciudadanas integralmente concebidas- pero nos falta un buen tramo para considerarnos una sociedad realmente culta –más allá del conocimiento científico académico, de la expresión de las artes y letras-, en el sentido martiano de cultura para la libertad humana.

La tradición del pensamiento patriótico de nuestros próceres ha resultado, a veces, distorsionada en las prácticas pedagógicas doctrinales, iconoclastas y escolásticas que tienden a la obediencia a verdades unilaterales o absolutas, a pautas tradicionales frecuentemente autoritarias y manipuladoras del ser humano, a pesar de intenciones declaradas en sentido contrario.

El sistema educativo, a pesar de avances en algunos campos (alfabetización, gratuidad, masividad, investigación, profesionalización, etc.) ha quedado fuertemente marcado por el mecanismo burocrático socio-institucional, deviniendo en un sector bastante inercial y reproductivo para las necesidades de los nuevos tiempos.

Una nacionalidad renovada sería el producto del ejercicio de una ciudadanía activa, crítica, creativa y liberadora, con lo que se necesitaría que la educación se conectara a la vida social real, al diapasón universal de concepciones progresistas de la sociedad para su evaluación y ejercicio argumental necesario en la formación del carácter y posicionamiento social de las personas, con sentido patriótico y universal, como quería Martí.

Berta Álvarez: La educación está en el corazón mismo de nuestra nacionalidad. No exagero cuando afirmo que todo buen cubano, y digo bueno por ilustre, no dejó de referirse a la educación en las diferentes épocas históricas. Desde el siglo XVIII, con José Agustín Caballero, y eso por no mencionar a Miguel Velázquez, primer maestro cubano que registra la historia, si mal no recuerdo, la generación de fundadores encarnaron con nitidez, a la altura de su tiempo el alcance de la educación y sus correlatos, la cultura y la política. La ilustración criolla-cubana desde el siglo XVIII y a lo largo del XIX centró sus procedimientos en aquellos componentes educativos y culturales que consideraron diferenciadores y afirmantes de las esencias de la otredad colonial. En la República, la escuela pública cubana fue, sobre todo, ejemplo de trasmisión de valores patrios. Otras, en mayor o menor medida, adelantaron conocimiento y sentimiento de patria y modernidad. El pensamiento cubano de la ilustración adentrado en el siglo XX adelantó ideas democráticas desde José Martí y la experiencia vivida, que no es otra que la memoria histórica, o el conocimiento y la experiencia cultural decimonónica. No siempre el crecimiento intelectual y cultural diverso y contradictorio de la República repercutió al igual en las instituciones educativas de la primera mitad del siglo XX. Sólo recordar entre los más sostenidos en el tiempo de los proyectos modernizadores el gran movimiento que representó “Por una escuela cubana en Cuba Libre”. La ausencia de políticas educativas sustentadas en principios de equidad propició que en el lapsus republicano hasta 1959 se presentaran índices alarmantes en materia de educación. El censo de 1953 reportaba un gran índice de analfabetismo, que por demás era creciente y por otra parte se registraba con alarma la inasistencia escolar. Siempre tuvo esta realidad la profunda crítica de parte de la intelectualidad, y debemos recordar figuras tan significativas, por sólo citar algunas, como Enrique José Varona, Julio Antonio Mella, Fernando Ortiz, Juan Marinello, Jorge Mañach, Arturo Montori, Elías Entralgo, Emilio Roig de Leuchsenring, Ramiro Guerra, Salvador Massip y otros.

En la Constitución de 1940 se aboga por una educación de cubanía sin discriminaciones ni xenofobias. Una patria a la altura de los cánones de la doctrina jurídica más moderna y socialmente avanzada. Para ello hubo que esperar al 59. Mella haría hincapié en una idea clave para todos los tiempos. Sin una Revolución Social no se podría llevar adelante la reforma universitaria. Desde esta idea me gustaría insistir en la interrelación de la escuela y la sociedad.

Luis Emilio Aybar Toledo: La autoconsciencia de Cuba como nación se forjó en las aulas cubanas en el siglo XIX. A lo largo de nuestra historia la educación ha desempeñado un papel sumamente revolucionario en la producción de la nacionalidad, que siempre es un fenómeno cambiante. Lo hizo en los momentos fundacionales del siglo XIX y realizó también un papel importante en su consolidación durante la República. La Revolución significó una radicalización de ese proceso. A la idea de nación se asoció con más intensidad que nunca las ideas de soberanía, derechos populares, inclusión, emancipación. La educación fue un instrumento fundamental en ese cambio, e incluso la campaña de alfabetización no sirvió solo para enseñar a leer y escribir, sino que sus programas buscaban también educar en el sentido patrio, el antiimperialismo, el ideario de la Revolución. Desde esos primeros años las ideas de Revolución, Socialismo, y Nación se identificaron profundamente en el imaginario popular y el discurso público, y el sistema educativo ha venido a calzarlo a lo largo de estas décadas. Como productora fundamental de la memoria histórica (componente *crítico* de la nacionalidad) la educación ha participado en su reformulación según las pautas del nuevo orden social. Pero todo ello, a pesar de ser un producto natural de las transformaciones subjetivas y habiendo contribuido a la consolidación del proceso, también ha tenido consecuencias negativas. Si aprendemos que Revolución y Patria son la misma cosa pues cuando una persona se vuelve apático con la primera le puede suceder lo mismo con la segunda. Así, en muchos jóvenes apáticos, por ejemplo, la Revolución, la patria, el socialismo, el antiimperialismo y hasta José Martí hacen parte de un mismo discurso que clasifica como “muela”. Es algo realmente lamentable. En mi opinión urge transformar creativamente la forma en que educamos el sentido patrio en la escuela, alejándonos de la rutina de las frases hechas, enseñando nuestra historia de una manera más compleja y creativa y mostrando el carácter conflictivo de la construcción actual de la nacionalidad cubana, como el de cualquier época.

Julio Antonio Fernández Estrada: No se puede reducir todo el enorme proceso de formación de una nacionalidad al papel de un centro educativo en un momento de una historia patria, pero una parte importante de las ideas que alimentaron las luchas cubanas por la reforma, la autonomía o la independencia, se empollaron en el Seminario San Carlos y San Ambrosio hasta la primera mitad del siglo XIX.

La obra de José Agustín Caballero, José de la Luz y Caballero, Félix Varela -por mencionar tres notorias- es enorme, hasta hoy sus ideas son parte del caudal filosófico, moral, pedagógico, espiritual, de la nacionalidad cubana, pero hubo y ha habido una educación paralela a aquella, no solo en las universidades, como fue el caso de San Basilio el Magno, en Santiago de Cuba, o San Gerónimo, de La Habana, sino la que fuera de las aulas formó el espíritu criollo cubano.

La cubanía no se puede encontrar solo en la cultura popular, en los bailes, cantos, dichos, imaginación, sincretismos religiosos, como tampoco es posible solo encontrarla en la fina Cátedra de Constitución, del padre Varela.

Si consideramos a la nacionalidad cubana en proceso de formación aún, entonces debemos dar toda la importancia a las escuelas religiosas, católicas o no, que hasta el cierre de la educación privada en Cuba, formaron a cientos de jóvenes, muchos de los cuales fueron los héroes y mártires de la Revolución que triunfó en 1959.

Para la nacionalidad de la que participamos hoy, ha sido fundamental la influencia de las Escuelas Normales de Maestros, primero, o de los destacados pedagógicos que bajo doctrinas soviéticas educaron a miles de cubanos en los años de Revolución. Si no hubiera habido buenas escuelas

antes de 1959, no hubiéramos contado con cientos de jóvenes, muchachas y muchachos, preparados técnica y éticamente para asumir la Campaña de Alfabetización de 1961. No es la educación, sin embargo, la única responsable de la formación de una nacionalidad. Nuestra idiosincrasia, sentimientos, usos, fiestas, tragedias, que como cultura producimos, dependen de los Estados bajo los que hemos sobrevivido, de las relaciones económicas en las que nos hemos enlazado, entre otros vaivenes espirituales y materiales.

Hiram Hernández Castro: La identidad es un proceso, no un producto. En su interior confluyen diversas representaciones que dialogan o rivalizan. Educarse pasa por comprender que nuestra nacionalidad no es un fenómeno natural, sino históricamente constituido por intereses específicos.

No es casual que la figura reverenciada como fundadora de la nación se le identifique como "El Maestro". Él es el primero en reconocer la labor precursora de maestros como Félix Varela, José de la Luz y Rafael María de Mendive en la formación de la identidad cubana. El propósito de la escuela colonial no era preparar a los cubanos para servirse de sí mismos, sino a la Corona. Los que desde sus aulas se empeñaron en enseñarnos a pensar como cubanos, orgullosos de serlo, asumieron el riesgo. Más complejo es valorar el aporte de aquellos patriotas ilustrados interesados en blanquear el país. Si desde hoy consideramos qué es "ser cubano" deberíamos decir que la primera escuela de nuestra identidad fue la manigua. Fue en el campo de batalla que confluyeron los blancos y los negros bajo un ideal común.

Durante la ocupación norteamericana se implementaron cursos intensivos de formación docente en universidades estadounidenses. El *Manual para maestros*, editado a la sazón, prescribe que los niños deben ser entrenados en los hábitos civilizados norteamericanos. Pero la retórica de la "americanización" no tardó en hacer agua ante la evidencia de que el interés era "civilizarnos" como una nación insustancial y dependiente. En la constitución de otras expectativas nacionales jugó un papel esencial el maestro de la escuela pública. Fue él quien a través de la exaltación de las luchas por la independencia, respeto a los símbolos nacionales y la divulgación de la obra martiana logró hacer de la educación una práctica nacionalizadora.

El debate sobre la cubanización de la educación se mantuvo en vilo durante el período republicano. Los católicos conservadores y los comunistas protagonizaron un áspero litigio legislativo en torno al control estatal de la enseñanza privada. En sus ataques se acusaron, respectivamente, de pretender poner la educación al servicio de Franco o Stalin.

La Universidad de La Habana, una de las instituciones más antiguas de la nación, fue Alma Mater de las aristocracias domésticas que colocaron dogal a la democracia, pero también la cuna de muchos de nuestros más fieles patriotas. Por sus cátedras pasaron intelectuales como Fernando Ortiz, Jorge Mañach y Raúl Roa. Estos últimos fueron antagonistas en todo menos en la convicción ética de que una polémica ideológica sostenida en improprios los empobrecía a ellos, a sus lectores y a la nación.

Los estudiantes universitarios son educadores en la medida que la sociedad los asocia con el presente y el futuro cívico. Julio Antonio Mella, fundador de la Universidad Popular José Martí y defensor de la introducción en Cuba de las reformas de Córdoba, pagó con su vida ser el más joven símbolo antitiránico de su tiempo. Más tarde lo haría José Antonio Echeverría. En el curso que recién impartí, una clase coincidió con el 13 de marzo. Me reconfortó que mis alumnos se conmovieran, como lo hicieron, con la lectura del "Testamento Político" de aquel líder estudiantil. Era un documento histórico, pero, sobre todo, un texto de profundo amor a la patria y a la libertad. El rigor intelectual y la pasión patriótica no son antitéticos, sino componentes básicos de una educación ciudadana. Raúl Roa lo afirmó con su acostumbrada agudeza: "Soy profesor, nada de lo que afecta al destino de mi patria me es ajeno".

Leonor Amaro: Una comunidad cultural bien diferenciada suele definirse en general como una agrupación de modos típicos de sentimientos arraigados, bien en el suelo físico o en el suelo moral de su historia, cuyos integrantes, poco a poco, van tomando conciencia de sí mismos, vinculados al tesoro de su pasado y valorándose como son o como se imaginan que son. Para confirmarse como colectivo y pasar al torrente de las tradiciones, sus características físicas y espirituales han tenido que ser identificadas primero, reconocidas después, para luego ser expandidas. De eso se han encargado, desde épocas remotas, los políticos, aunque no siempre con buenas intenciones; los hombres de fe, también con propósitos diferentes; y los mentores, maestros, preceptores, que desde su propia visión del mundo han multiplicado con mayor efectividad estos conocimientos. Estos últimos, encargados de enseñar, han podido inculcar a los más jóvenes los aspectos esenciales que los identifican como grupo y aquellos que los oponen al resto del mundo, a la vez que van apreciando, de forma consciente o inconsciente, lo que puede significar orgullo y gloria o deshonor.

En Cuba, en ese proceso, es Félix Varela el primer exponente, reconocido como fundador de la naciente expresión cultural cubana, a quien se le debe el ajuste del legado transformador del pensamiento universal, basado en el predominio de la ciencia y la razón, a la compleja realidad colonial. Ideólogo de la patria en tanto luchador por la afirmación de la conciencia nacional requerida para la formación de la nación, la actitud creadora de Varela no se redujo a la defensa del impulso de las ciencias y de la conciencia política, sino también se erigió en la defensa de los valores, desde su visión católica, de la cultura y la ética como ingredientes esenciales de la nacionalidad que se estaba constituyendo en una colonia sujeta a vínculos políticos que se oponían a reconocer nada que la identificara de manera diferente. Luego, sus continuadores, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero, sobre todo este último consagrado al magisterio, van a desplegar la noción de autenticidad en la formación del hombre, confirmando la originalidad de las ideas ilustradas en nuestro país, así como el fundamento ético de los propósitos formativos varelianos. Así bien definido quedaría por Luz y Caballero el principio de que la formación tenía como fin, la calidad de la persona. Esto se convertiría en la esencia sobre las que se iría confirmando la nacionalidad, al contar con una generación que durante el siglo XIX, acumuló tantos conocimientos científicos que suscitó una atmósfera de intercambio de ideas y de saberes, condición indispensable para liberar al hombre en el plano cognitivo.

El fin del colonialismo mostró las grandes contradicciones en distintos planos. En particular, educación y sociedad presentaban incompatibilidades que tenían como causa, por una parte, el abandono generado por el colonialismo español, y por otra, el legado terrible de una sociedad esclavista que había lanzado a miles de hombres a una supuesta libertad, sin la menor preparación para la vida. Todo nos hizo arribar a la etapa republicana con un atraso educacional que sirvió a la potencia interventora en 1900 para referirse a los cubanos como una raza degenerada y por lo tanto incapaz, por ella misma, de enrumbarse socialmente hacia el progreso.

Proclamada la República, la lucha por una educación que lograra hombres para el mejor desarrollo del país, caracterizó sus primeros 50 años y contó con grandes defensores de propuestas, tanto científicas como ideológicas, que servirían de soporte a los proyectos pedagógicos. Una rica empresa conjunta para relacionar la tecnología con una formación moral fue lo más significativo del debate por la Escuela Cubana con el fin de garantizar el fortalecimiento de la conciencia nacional. Desde los cimientos de la prédica de Agustín Caballero, Félix Varela y José Martí se defendió lo más moderno de la pedagogía y la didáctica en la elaboración de textos que renovarían la enseñanza y confirmarían la defensa de la nacionalidad, a pesar de la incertidumbre política y económica de los primeros años republicanos. O sea, la intelectualidad nacida en el siglo XX estaba convencida de que la Modernidad, evidente ya en el desarrollo de la tecnología y en los adelantos urbanos, no podría consolidarse si no estaba acompañada de un mejoramiento de la población y todo ello exigía como cuestión primaria transformar el sistema educativo, que el Estado responsable de ello, no cumplía cabalmente.

Las transformaciones políticas en Cuba, luego de la caída de la dictadura machadista, no excluyeron el debate acerca de la escuela y la necesidad de formar valores patrios, todo lo contrario. Figuras como Emilio Roig, Manuel Bisbé, Elías Entralgo trataron de convertir la educación en la guía para el perfeccionamiento humano, pues vivían en una época en que la mentalidad revolucionaria se mantenía activa por el reconocimiento del bien común que implicara la integración de conciencia cívica, de virtudes políticas y sentido de la ley y la libertad. La prédica por una enseñanza gratuita y laica, como síntoma de libertad y progreso, se mantiene como confirmación del legado de Varona, el cual desde 1886 había advertido que el Estado no debía tener una religión para que los asociados tuvieran el pleno disfrute de sus facultades.[1] Punto culminante de esta polémica, así como de crítica al abandono político acerca de la educación, se encuentra registrado en el proceso de elaboración de la Constitución de 1940 que refrendaba el espíritu de cubanidad y de solidaridad humana.

Si partimos de reconocer que la formación de la nación es un proceso de cambios constantes, resultado de la evolución de un pueblo, para Cuba entonces, el punto culminante ha sido la transformación revolucionaria que se inició el primero de enero de 1959. Sin dudas, estamos hablando del momento socio-político que más intensamente incorporara al pueblo a un proceso de regeneración nacional, desde la concepción del respeto al ser humano. El rápido proceso de cambios condujo a que la mayor parte de la población cubana lograra la autoconciencia de su valor como agente de cambio. Todos los profesionales se sintieron llamados a la lucha por la justicia y la dignidad; todos se consideraban protagonistas y representantes de los intereses ciudadanos, por lo que, de pronto, el precio del trabajo no era lo importante, sino la utilidad en la revolución misma. Muy en particular el llamado a los

maestros se haría sentir como una de las grandes proezas a realizar. Sacar al país de la ignorancia, abrir las mentes al conocimiento devino en tarea de todo aquel que hubiera tenido la posibilidad de estudiar y ahora reciprocarse al hermano.

¿Cuáles han sido los principales logros y déficits del sistema educacional cubano en las últimas décadas?

María del Carmen Barcia: Últimas décadas es un término dubitativo, la historia se mide por largas, medianas o cortas duraciones y también por coyunturas, a veces una coyuntura afecta de manera profunda, toda una etapa. Cinco décadas no constituyen una larga duración, éstas son seculares y la revolución triunfó hace medio siglo. A mi modo de ver, el sistema educacional, tuvo dos logros apreciables, que luego han tenido una influencia importante en nuestro continente: la alfabetización de todos los ciudadanos y el acceso de todos los cubanos, en relación con sus capacidades intelectuales, a cualquier nivel educativo, sin importar situación económica, color de la piel, o disfuncionalidad física. Vistos como un todo, estos logros implican una educación masiva que nos han hecho más capaces.

En ese período de cinco décadas ha habido momentos diferentes, yo marcaría dos que han tenido efectos positivos y negativos. El primero se inicia en los años setenta, tiene una marcada influencia del campo socialista, especialmente de la Unión Soviética y también de la República Democrática Alemana (RDA), en la organización del sistema educacional, y el segundo comenzó en esa etapa denominada, eufemísticamente, "período especial". En la primera etapa se desestimaron algunos apreciables logros de la Escuela Cubana, que tenía una importante tradición pedagógica. Se copiaron mecánicamente algunos aspectos educacionales que requerirían un análisis que no se puede hacer en breves líneas, pero uno de los más negativos fue que se difuminó la historia nacional, la cual quedó subsumida en una historia general. El niño no podía entender que un día se le explicara la Comuna de París, con un fuerte componente marxista y obrero y al día siguiente se le introdujera en la Guerra de los Diez Años que eclosionaba en un mundo marcado por la esclavitud. En la educación las consecuencias se miden a largo plazo y esas afectaciones están aún presentes.

La crisis económica de los años noventa influyó muy negativamente en dos conquistas de la revolución: la educación y la salud pública. En la educación, que es el tema que se aborda, golpeó las instalaciones escolares que se fueron deteriorando y perdiendo buena parte de sus bases de sustentación como laboratorios y bibliotecas, pero sobre todo influyó en la permanencia de maestros capacitados en la enseñanza primaria y más aún de profesores de experiencia en la educación secundaria básica y preuniversitaria. Muchos cubanos, hombres y mujeres bien preparados, buscaron el sustento de sus familias en sectores privilegiados en el nuevo contexto, como el turismo, por ejemplo, y abandonaron las aulas. Las bases educativas se conmovieron, los resultados han sido muy negativos. Las causas no se han resuelto aún. En el siglo XVI España, para alentar la profesión magisterial, equiparó a los maestros con los hijosdalgo y les otorgó prerrogativas especiales, algunos países desarrollados en la actualidad, privilegian esa profesión, también aquí es necesario prestigiarla desde el punto de vista social.

Ovidio D'Angelo: No cabe duda de que los cambios en el sistema educativo cubano, con el triunfo de la Revolución, ocasionaron un giro importante en cuanto a masividad, acceso libre y gratuito, profesionalización de maestros, creación de opciones de vida para todos, una educación amplia para las personas de capacidades especiales y discapacitados, etc. La red de instituciones académicas e investigativas del subsistema educacional y de las ciencias, etc., han estado muy activas, a pesar de que, en mi opinión, sus resultados se han visto lastrados por el peso de decisiones ideológicas de alto nivel, en algunos casos voluntaristas, en otros anacrónicas, reproductivas de otros sistemas educativos del socialismo real o sin la suficiente visión y alcance del cambio necesario[iii].

Los logros históricos no han estado ajenos al curso de las propias dificultades del sistema social cubano para resolver las necesidades básicas de la población –tanto por su condición de "plaza sitiada" como resultado de la intransigencia y la confrontación de los Estados Unidos, como por el seguimiento –matizado tropicalmente– del modelo fracasado del "socialismo real", inclusive entre avances y anclajes limitantes de las ciencias de la educación predominantes en el país; condicionantes históricos en los que se construye la trama de toda la historia de la nación en las últimas décadas.

Como la sociedad es un todo articulado, no podían dejarse de manifestar en la educación tendencias autoritarias que predominan en la sociedad (mencionamos el voluntarismo en la decisión y ejecución de modelos, pero también el verticalismo, dependencia y espera por las decisiones centrales, acriticismo o seguidismo de orientaciones emanadas desde el Centro aunque el sentido común popular pudiera anticipar su inadecuación en algunos casos y todas las derivaciones para el comportamiento moral de las personas que se desprenden de ello.

Así, los problemas socioeconómicos del período especial ocasionaron un éxodo importante de maestros hacia otros sectores de mayores oportunidades, favorecieron la emigración o jubilación, etc., lo que conllevó medidas urgentes con resultados de doble vía, porque resolvían con carácter emergente la cobertura educativa, pero al precio de casi ocasionar un desastre nacional en términos que todavía arrastramos.

A pesar de ciertas correcciones más recientes en cuanto a formación vocacional de maestros y profesionalización, etc., se afrontan los mismos riesgos de toda la sociedad hacia la movilidad a sectores más remunerativos, emigración, etc., dadas las brechas entre trabajo e ingreso producidas por las condiciones de crisis del país.

Se ha atendido, últimamente, algunas de estas cuestiones, pero en las bases del asunto siguen gravitando problemas reales en el orden económico-social e ideológico-político, al tratarse de una educación poco flexible, centralizada, de opciones orientadas doctrinalmente de manera absolutista, sin libre acceso a la reflexión productiva y a la creatividad; básicamente estamos ante lo que Freire denominó "educación bancaria", unidireccional y no conducente a la emancipación sino al intento de reproducción de patrones socioeconómicos y políticos que no responden a las necesidades y expectativas de las nuevas generaciones y del desarrollo pleno del país; es así que el llamado "trabajo político-ideológico" resulta anacrónico e impropio como dirección educativa que debería ser renovada hacia la construcción de ciudadanía crítica, responsable, autónoma y solidaria.

Berta Álvarez: El alcance educativo para todos es una de las más trascendentes conquistas de la Revolución. A veces digo "me basta con ver a todos los niños, desde San Antonio a Maisí con sus uniformes camino a la escuela. Es para mí uno de los espectáculos más conmovedores, aunque también presencié otros que no quisiera recordar.

La masividad en la educación, las escuelas especializadas, y las dedicadas a la atención con discapacidades constituyen conquistas indiscutibles que en mi opinión debemos cuidar y defender. Esto se logró en territorios remotos del país así como en el transcurso de una muy extendida crisis nacional que nos ha afectado en todos los aspectos. La educación se ha mantenido, no obstante, como prioridad absoluta de la Revolución.

En mi opinión las debilidades, surgidas en tiempos no tan recientes, son de una misma naturaleza: la necesaria renovación constante a la altura de los requerimientos técnicos-pedagógicos. Se impone revisar el carácter determinista y doctrinal de esferas del conocimiento, al menos en las Ciencias Sociales, que son las que conozco; rescatar la tradición de cubanía de la Escuela Cubana, por sobre estereotipos que poco aportan a nuestra identidad; asumir a Martí desde una concepción aun más integradora, humana y descolonizadora; visibilizar aún más el reconocimiento social al maestro y hacer que el colectivo escolar se integre a la toma de decisiones, lo que permitiría desarrollar un sentido de pertenencia; e insistir en la formación cultural de los profesores.

El maestro sufre una jornada laboral agotadora, poco estimulante, sin suficiente tiempo de preparación metodológica y de superación profesional.

Por otra parte, ha existido improvisación y determinaciones inconsultas con los niveles correspondientes, sobre todo con aquellos que sufren las afectaciones, y ha habido poca atención a los criterios emitidos por las bases, así como dilación en la atención a problemas sustanciales, con el consecuente agravamiento de los mismos.

Luis Emilio Aybar Toledo: Creo que es importante analizar los logros y los déficits del sistema educacional cubano, porque usualmente tendemos a hablar de uno de los dos términos: o nos concentramos en los logros, o lo hacemos con los déficits; y ni una cosa ni la otra nos sirve para sostener los primeros y cambiar los segundos. No obstante, como restan aún dos preguntas, aquí hablaré solo de los logros. Me gustaría destacar lo que significa el sistema educativo cubano, y otros servicios, para nuestra seguridad como personas. En estos tiempos de neoliberalismo y privatización, donde miles de personas tienen que salir todos los días a asegurarse en el mercado sus derechos básicos, a veces no valoramos lo importante que es tenerlos garantizados independientemente de nuestra capacidad adquisitiva o nuestro status laboral, solo por ser seres humanos. Pues, sí, en Cuba no tenemos que luchar cada mes el dinero que pagará la educación de nuestros hijos. Del círculo infantil al quinto año de la carrera, está garantizada de antemano,

bajo el único criterio del esfuerzo y la capacidad. Lamentablemente, tras los largos años de crisis que tanto han afectado el funcionamiento del sistema educativo, y gracias a la manera un tanto simplista y mitificadora en que hemos argumentado públicamente la superioridad de nuestra educación pública, hoy hay personas en Cuba, como en el caso de la salud, que votarían por introducir la educación privada. Traigo esto a colación porque, a pesar de que la educación pública y gratuita fue uno de los pilares en que se basó (y se basa) el consenso de los cubanos en torno a la Revolución, a pesar de que ha habido desde entonces una voluntad política sostenida por parte del Estado de asegurarlo, y a pesar de hallarse interiorizado y naturalizado por la mayoría de los cubanos como un derecho fundamental al cual no están dispuestos a renunciar, no está libre de riesgos en el futuro. Otros elementos que me gustaría resaltar son el principio que durante mucho tiempo rigió las escuelas cubanas de vinculación estudio-trabajo y el sentido de colectividad e igualdad en que se educaba. Ambos se deterioraron mucho con la crisis y la no adaptación institucional a las nuevas circunstancias. Por último no quisiera dejar pasar el increíble sacrificio personal que ha demandado de muchos de nuestros maestros y profesores sostener este sistema a lo largo de los años. He tenido la oportunidad de conocer personalmente a varios que lo encarnan con vehemencia. Los profesores del centro donde estudié, el Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas (IPVCE) Carlos Roloff: gente honesta que vivía de su salario y que todos los días iba a la escuela a entregar lo mejor de sí porque les gustaba lo que hacían a pesar de las dificultades. Así, muchos de ellos lograban enseñarnos las materias y también a ser mejores personas.

Julio Antonio Fernández Estrada: Si tomamos en cuenta los años de Revolución, debemos aceptar que hubo aciertos que en la actualidad se han deteriorado y errores que hemos rectificado. La educación pública y gratuita, reconocida como un derecho fundamental en la Constitución de 1976, y la consagración jurídica de una política educacional del Estado cubano, son dos grandes éxitos del proceso de institucionalización de la Revolución de los años 70. Ya desde mucho antes fueron momentos notorios la Campaña de Alfabetización y la formación de maestros de todos los niveles, así como la extensión de la educación a lugares rurales donde antes el maestro de escuela era una rareza. Con la eliminación de la educación privada se evitó la discriminación por motivos económicos o raciales a la hora de acceder a los estudios.

Desde muy temprano la Revolución abrió becas de deportes, escuelas vocacionales especializadas, escuelas donde se pensaba vincular el estudio y el trabajo productivo de los adolescentes. Uno de los hechos más trascendentales -que también tiene reconocimiento constitucional- fue la apertura de los Círculos Infantiles, que no solo propició la educación, por profesionales de la enseñanza, de menores de cinco años, sino que sirvió a la liberación de la mujer trabajadora.

Fue y es un acierto rotundo el perfeccionamiento de la educación especial -así como la formación pedagógica de maestros de esta enseñanza por modalidades- y de las escuelas talleres que hoy tienen un ejemplo extraordinario en las auspiciadas por la Oficina del Historiador de la Ciudad en La Habana. Más recientemente, ha sido bellísima la idea de una Universidad del Adulto Mayor y conveniente el rescate de la formación de instructores de arte.

En la Educación Superior es evidente el salto de calidad que significa tener universidades en todas las provincias y hospitales docentes que forman a miles de médicos, así como la apertura de carreras con las que cuentan solo las principales universidades del mundo. Son tesoros de estos años el Instituto Superior de Arte, las Escuelas Nacionales de Arte y los Institutos Pedagógicos.

Considero, por tanto, que los mayores problemas de nuestro sistema educacional -tomo en cuenta tanto la educación primaria y media, como la superior- están en los contenidos y los métodos de enseñanza, amén de otros de índole institucional que no me detendré a analizar a fondo. Creo que hay un déficit de la educación cubana en la formación en asignaturas de las llamadas humanidades en la enseñanza primaria y media. En estos niveles los niños y jóvenes no reciben conocimientos de Historia de la Filosofía e Historia de las Religiones, por mencionar dos disciplinas que podrían ser muy interesantes.

De la misma manera se ha reiterado la forma dogmática, irreflexiva y aburrida de enseñar fundamentos del marxismo e Historia de Cuba; en ambos casos las consecuencias han sido inmediatas, y pueden observarse en los resultados en los exámenes de ingreso a la educación superior de los últimos años, así como en los comentarios que hacen los adolescentes sobre la importancia de la Historia como ciencia.

Años atrás nos hicieron mucho daño las metas de las altas promociones en primaria y secundaria, las inspecciones avisadas a las escuelas para no detectar, al fin, ningún problema, la enseñanza, vaciada de emoción, de los valores patrios, las formas de evaluación reproductivas que no servían al fin del pensamiento ni de la crítica, sino al de repetir los contenidos de las consolidaciones que los maestros dictaban en los últimos días de clases.

Hiram Hernández Castro: Los logros de la educación en Cuba son universalmente reconocidos y es uno de los temas históricamente relacionados con la obra de la Revolución. Bastaría mencionar la Campaña Nacional de Alfabetización o la Ley que en 1961, "Año de la Educación", hizo pública, gratuita y universal la enseñanza en Cuba.

Durante la revolución el sistema de educación ha funcionado como un mecanismo real de integración racial y socioclasista. Los estudios superiores se hicieron asequibles con relativa independencia de clase, género, color de la piel y territorio. Obtener un título universitario fue una aspiración popular y se consideró la forma honrada de alcanzar un mayor nivel de vida. Cuando la crisis del 90 replanteó la política social se le identificó como una de las "conquistas del socialismo" y la voluntad política intentó minimizar su grado de afectación.

Sería extenso para este espacio comentar la cantidad de datos y cifras, validados por organismos internacionales, que colocan la calidad del sistema de educación cubana a la vanguardia de la región. Si un ciudadano cubano quisiera obtener esas estadísticas podría encontrarlas en Internet. Pero se encontraría ante la contradicción de que esta herramienta, imprescindible para la información, la comunicación y la educación en el siglo XXI no le está disponible o es demasiado engorroso el acceso.

Huelga comentar la heterogénea calidad de los contenidos que circulan por la red de redes; es por ello que la nueva escuela tiene el reto de ejercitar un pensamiento crítico que permita distinguir entre el cúmulo de información disponible. Debemos colocar, cuanto antes, a la pedagogía cubana ante el imperativo martiano de "preparar al hombre para la vida". No se trata sólo de un elemental sentido de actualización científico-tecnológica, sino de derechos y cultura ciudadanas.

Las garantías de determinados servicios sociales, como la educación, han permitido al régimen cubano relativizar los perjuicios sociales de la crisis económica y conservar el apoyo popular. Fue a través de la socialización del saber que la Revolución logró obtener su hegemonía. Precisamente porque el ciudadano cubano contemporáneo alcanza una buena instrucción demanda ser educado en la diversidad de la información, cultura del diálogo y ejercicio real de la democracia.

Leonor Amaro: Al revisar la obra de una revolución verdaderamente transformadora no siempre se puede separar los triunfos de los errores. Esta división, por demás, no puede desconocer la evolución de los hechos ocurridos y su contexto. Lo que ayer fue un acierto, al cambiar la realidad, se convierte en obstáculos y hasta en un error al ser descalificado por las apreciaciones de las nuevas generaciones. Todo se relaciona, pues, con el devenir del proceso revolucionario, en el cual pueden ser descartados los cambios producidos y aprobados, a tenor de la modificación de la mentalidad y de las aspiraciones de la población, ya que a ella es, en última instancia, a la que le compete aprobar o no lo que tiene que ver con su futuro.

Para seguir un ordenamiento lógico, si comenzamos por los logros, lo primero a tener en consideración es la expansión del saber que acompañó la política sobre la educación desde los primeros años de la revolución. Comenzando con la campaña de alfabetización y después con los planes de perfeccionamiento, los propósitos por ampliar la enseñanza no se detuvieron, todo lo contrario; la aceleración caracterizó las obras, tanto materiales como de orden formativo. Se vivía un estado febril por alcanzar rápidamente un nuevo panorama que hiciera olvidar el pasado de ignorancia. Fue una obra increíble, sobre todo si tenemos en cuenta los pocos recursos económicos con que la revolución había iniciado su gestión de gobierno. La creación de escuelas, destacamentos de formación de profesores, así como la garantía de empleo para todos los docentes, junto a la nacionalización de la enseñanza, -única vía entonces para garantizar el vuelco en la educación- fueron los inicios de una campaña ininterrumpida por sobresalir en este aspecto, tal vez olvidando los costos que esa gran obra exigía y que solo se podría mantener si el país exhibía con rapidez frutos económicos.

Otro campo a tener en consideración es el referido al avance de las ciencias técnicas sobre las que descansa universalmente el progreso. Estas fueron rápidamente atendidas, pues las carencias en la ciencia experimental habían sido consideradas el gran mal de Cuba desde la época colonial y la revolución comenzó por crear las carreras universitarias que le dieran respuesta a la ciencia que necesitaba el despegue industrial al cual se aspiraba. Pero, como no bastaba con el talento profesoral, sino se requerían aulas, laboratorios, gabinetes, instrumentos para las operaciones, todos los recursos

disponibles se entregaron en aras de garantizar una mano de obra calificada en los distintos centros productivos. Todas las ciencias técnicas contaron con un impulso extraordinario, lo cual hoy hace mucho más contradictoria la realidad cubana en lo que concierne a los resultados industriales y agrícolas.

Al margen de cualquier insuficiencia en la ejecución por parte de las instituciones, en el devenir de las últimas cinco décadas los programas educativos han tenido el mérito de haber garantizado las necesidades formativas de la sociedad, en el sentido más amplio de la palabra, precisamente porque han tenido como cimiento, patrones de equidad en aspectos esenciales para la comunidad. La imagen cubana de un primero de septiembre, fecha inalterable para dar inicio al curso escolar, donde todos los niños, vestidos por igual y con el mismo derecho de recibir la educación gratuita, son recibidos en cada escuela, a pesar de todas las dificultades económicas por las que ha atravesado el país, no tiene parangón en ninguna otra parte del mundo subdesarrollado.

De igual forma, establecer las mismas posibilidades para jóvenes de la ciudad y del campo pasó por un grupo de obras que ampliaban la intervención del Estado en la vida social. La creación de comedores y de residencias estudiantiles cercanas a los centros de educación técnica y superior proliferó con rapidez. Las becas, como sistema de ayuda para los estudiantes, existían desde épocas anteriores. La revolución las amplió en todos los sentidos. En los comienzos, al igual que otras medidas, la decisión se basaba en la voluntariedad. La condición de becado era decisión de los jóvenes, acorde a sus intereses y necesidades. Luego se establecieron, lamentablemente, de forma obligatoria. Para algunos este modelo seguía los ejemplos del campo socialista y no era más que la expresión del control sobre el individuo que caracterizaba aquellas sociedades. Como formas impositivas, primero para los estudios secundarios y luego para los pre-universitarios, no solo afectó la función de la familia en los años más importantes en la configuración de la personalidad de los jóvenes, sino lesionó la propia organización docente al no contar con todo el personal calificado y con condiciones propias para orientar a los jóvenes en lugares distantes de la vigilancia familiar. Una solución nacida al calor de la mayor justicia social experimentó en los últimos 20 años una decadencia, que en gran medida ha contribuido a la indisciplina social de muchos sectores juveniles. Los criterios sobre la vida en la beca han sido expresados por la población por todas las vías posibles; pero chocaban siempre con los criterios testarudos e intransigentes de algunos directivos estatales y políticos.

El proyecto cubano, además de transformar conceptualmente los fines de la educación, tampoco descuidó la parte metodológica en la que Cuba tenía una gran tradición. La implantación de conceptos modernos en la enseñanza, en la cual se ponía atención a los procesos psíquicos del educando, fue una de esas innovaciones. La formación de los Institutos Pedagógicos en todo el país contó con una sólida organización y una disciplina que garantizó durante casi 30 años una óptima calidad en los claustros de enseñanza primaria y media, aunque no se puede desconocer la fuerte crítica realizada a estas instituciones por su descuido de la tradición pedagógica cubana, al priorizar las experiencias del campo socialista.

Otro aspecto a tener en consideración es la tendencia en esos años de orientar a todos por igual, sin tener en cuenta las diferencias que poseen los seres humanos. La intolerancia primó de manera muy fuerte, impidiendo que los estudiantes expresaran libremente sus creencias religiosas, sus inclinaciones sexuales y sus criterios políticos. Cada uno de estos aspectos tiene en la memoria colectiva ejemplos terribles que aún hoy están presentes en las reacciones sociales de aquellos que fueron lastimados. Adicionalmente, entre quienes no querían ser marginados, fomentó la doble moral.

No quisiera concluir esta pregunta sin hacer alusión al medio que conozco con mayor detenimiento, o sea, el universitario. Tratar de evaluar el proyecto educacional cubano en lo acontecido en los centros universitarios es bien complejo, pues va desde los altos niveles de creatividad con los que se impulsó la reforma universitaria, la ampliación de las carreras, la alta tecnificación del claustro, el gran compromiso estudiantil y profesoral con la obra revolucionaria hasta las numerosas formas miméticas de experiencias del campo socialista, tanto en teoría como en la práctica, y los planes más que altruistas, pero imposibles de realizar con toda calidad, como fueron muchos de los proyectos asociados a la Batalla de Ideas. No obstante, estos 50 años también tienen un saldo favorable, pues la universidad dejó de ser elitista, se convirtió en el crisol de la población cubana y latió a la par de los grandes problemas del país. El rasero de igualdad le dio garantía de ser la universidad de un país en revolución. A mi modo de ver, hasta la idea de la universalización -uno de los proyectos más discutidos- sigue siendo hija de la justicia, aunque en esos momentos provocó la mayor calamidad en la organización universitaria. Cambios apresurados que solo privilegiaron carreras que no eran las más beneficiosas para el avance del país, organizaciones docentes incompatibles con la realidad económica de Cuba, imposibilidades de igualar las exigencias en los procesos de enseñanza, debilitamiento de los cursos que ya tenían una tradición universitaria, entre otros muchos rasgos, trajeron consigo facilismos e indisciplinas que condujeron al descontento del claustro y, finalmente, a una caída estruendosa de la calidad docente.

Qué consecuencias positivas o negativas han traído para el pueblo cubano las más recientes prácticas educativas implementadas en el país?

María del Carmen Barcia: El término "recientes prácticas" es indeterminado y los historiadores tendemos a la particularización. La disminución de profesores en las aulas, sobre todo de los más capacitados, cuestión que abordamos en la anterior respuesta, precisó de soluciones, y en la implementación de estas es donde ha radicado el problema. Hubo profesores que dejaron la profesión porque no se sintieron respaldados ni atendidos. Algo de eso ocurrió en los institutos superiores pedagógicos. Otros lo hicieron por razones estrictamente de supervivencia familiar.

Para solucionar el problema se acudió a la "emergencia", es decir, a la formación rápida. Esta práctica no es novedosa, se produjo en 1899 cuando en Cuba se establecieron las Escuelas de Verano para formar maestros y cuando otros fueron a Harvard, a pasar un curso de tres meses. En ese caso se trataba de formar maestros primarios y los contenidos eran más sencillos. Cuando tras el triunfo de la Revolución en 1961 se hizo evidente la necesidad de profesores de secundaria, primero, y de preuniversitario, después, se proyectó el llamado Plan Fidel. Hablo de esto con propiedad porque yo me inicié en ese programa. Los que participamos éramos estudiantes universitarios y pasamos en Ciudad Libertad un curso de un año, que tuvo en cuenta la especialidad de cada uno en esa formación.

Los emergentes más recientes se concibieron como profesores integrales, es decir, han tenido que explicar todas las asignaturas. Con deficiencias educativas y también instructivas -es necesario releer a Martí-, no es posible formar un maestro. Se ha dicho que ellos son "facilitadores", pero el facilitador se concibió para la enseñanza a distancia y por lo general de adultos. No se puede descansar en que la enseñanza es responsabilidad de las familias, esto no es un problema para las que son armónicas y tienen posibilidades de transmitir instrucción y educación, pero hay muchas familias disfuncionales o simplemente incapacitadas para conducir a sus hijos por los caminos adecuados de la instrucción o de la educación. En este caso el maestro es el ejemplo a copiar.

Sé que en la actualidad la concepción de profesor integral ha variado, pero los problemas en el campo educativo tienen consecuencias que se reflejan en plazos largos y también en futuros cercanos y distantes.

Los libros de texto, sobre todo los de secundaria y preuniversitario, son inadecuados. Esto requiere una atención especializada, porque tampoco es posible editar libros cada uno o dos años.

Puedo apreciar, por viajes a otras provincias, que la situación más grave está en La Habana, por lo cual habrá que prestarle una atención especial y muy meditada para solucionarla.

Hay otros problemas que no sólo tienen que ver con las maneras de impartir la enseñanza, en los que se reflejan situaciones burocráticas. Hay escuelas -en este caso me refiero al nivel de secundaria básica y de preuniversitario- con asignaturas que solo ha aprobado la tercera parte de los estudiantes. Un precepto docente dice que cuando en un aula desaprueba más de la mitad de los alumnos, el problema los rebasa y tiene que ver con la confección de la prueba o con el profesor. ¿Qué se hace en estos casos?

En la actualidad los exámenes de esos niveles no son calificados por los mismos profesores de los estudiantes. La solución del problema, es decir, una revisión justa y adecuada, es necesaria, pero, ¿acaso lo es que estas pruebas sean calificadas por otros profesores? En lugar de una solución para cada problema, creamos un problema para cada solución, y las filas de alumnos esperando revisiones y el descontento de los padres resultan evidentes. Lo peor es que la causa, la verdadera causa, no se elimina de esta manera.

Ovidio D'Angelo: Entre esas consecuencias puedo mencionar: las medidas tomadas por el gobierno, en el sentido de reclutamiento de maestros emergentes, con sus consecuencias negativas; la masividad en el ofrecimiento de carreras universitarias a jóvenes con o sin condiciones en las sedes universitarias municipales (SUM), que abrió una posibilidad a sectores desligados de la enseñanza, pero, igualmente, se convirtió en un arma de doble filo

al graduar a una parte de ellos sin la calidad necesaria y, por otra parte, les creó desilusiones y desesperanza por la impotencia de continuación o porque no obtuvieron ubicaciones de graduados.

Otras cuestiones como el acceso a estudios universitarios, con patrones de mayor exigencia de calidad, la escasa opción a profesiones socialmente atractivas y viables etc., se ven enfrentados al problema de los bajos ingresos de los profesionales, lo que constituye para los jóvenes, en muchos casos, paliativos para ganar tiempo o para buscar opciones de emigración o de ubicación en sectores más privilegiados de la economía, como el turismo, las empresas mixtas, etc.

De cualquier manera, la imposibilidad de manifestarse y asociarse para expresar ideas, para deliberar reflexivamente (algo no exclusivo de los niveles universitarios, por cierto), para promover programas de beneficios sociales, etc., queda como una tarea pospuesta y pendiente de la educación cubana...y de su sistema social como un Todo.

No obstante, los esfuerzos de colectivos de profesores y maestros e investigadores para mejorar los programas de estudio en distintos niveles y la profesionalización de la docencia tratan de remontar los efectos negativos, parcialmente, aunque en mi opinión no llegan a tocar fondo en los problemas sustanciales de la educación y la sociedad cubanas.

Berta Álvarez: Positivo, una mayor incidencia de la familia en la educación de los hijos. Ejemplo: la eliminación, para quien no lo requiera, de la beca en escuelas internas.

La educación en determinadas especialidades ha mantenido prestigio nacional e internacional.

Negativo, el desencuentro entre el nivel de exigencia para optar con éxito por una plaza a la que se aspira y el deficiente nivel informativo-docente que se recibe en las escuelas, con la necesidad de implementar clases particulares que al menos por un tiempo determinado puede producir una resultante elitista, por ejemplo, para la universidad u otras plazas de las más codiciadas.

La formación de los profesores integrales. ¿Lo mismo de Historia que de Física?

Luis Emilio Aybar Toledo: Las medidas de los últimos 12 ó 13 años han reproducido y a veces profundizado algunos de los problemas del sistema educativo cubano. Por ejemplo, la falta de debate público y con la base a la hora de tomar decisiones de gran impacto social, o la homogeneización de los programas. Además, a pesar de que siempre hubo un margen de improvisación y política de campañas en la política educativa cubana, muchas veces con resultados muy positivos, en estos últimos años ha llegado a niveles innecesarios y los resultados han dejado mucho que desear, lo cual se evidencia en la gran inestabilidad del sistema educativo. Con lo primero me refiero a que fuera de la discusión de los *Lineamientos* previa a los Congresos del Partido, siempre muy generales por razones obvias, no existe prácticamente ningún mecanismo más pormenorizado de participación popular en la definición de la política educativa y el control de la gestión, o que al menos involucre a los más directamente implicados: profesores, estudiantes, padres y madres. También estamos todavía muy lejos de poder contar con mecanismos de debate público sobre el tema a través de los medios de comunicación u otras vías, que contribuyan a regular la política. Estas necesidades se evidenciaron con más fuerza que nunca en los últimos años. La mayor parte de la gente definitivamente no estuvo de acuerdo con los cambios, desde un inicio o luego de la aplicación. La mayoría de los profesores de mi pre-universitario no estuvieron de acuerdo y estuvieron años planteándolo en las reuniones, con un profundo compromiso. Luego de casi una década es que se ha dado vuelta atrás a muchas de esas medidas, pero mucha gente desde un inicio planteó que no se podía hacer depender exclusivamente la enseñanza de la televisión, que era mejor utilizar ese dinero para estimular el empleo en la educación, que no podía aspirarse a tener aulas de 20 estudiantes si no teníamos profesores, que concentrar las asignaturas en una sola persona iba a afectar la calidad, que las preguntas escritas como única evaluación y los 10 puntos a criterio del profesor eran mucho menos eficaces que el anterior sistema, que no se podía graduar masivamente estudiantes universitarios sin analizar las necesidades reales de empleo, que no se podían eliminar las pruebas de aptitud en determinadas carreras, que la prueba de ingreso de matemática era básica para todos, que dónde iban a caer tantos informáticos, y sobre todo, que no era cierto que los estudiantes secundarios estaban aprendiendo cinco veces más. Pero de cualquier manera las medidas siguieron y tuvimos que esperar unos 10 años para que esos planteamientos fueran escuchados.

Además todo ello se hizo con una gran inestabilidad, se implementaban medidas que al poco tiempo se sustituían por otras, y la gente abajo tenía que reajustarse una y otra vez. Y no fueron diez años cualquiera, sino diez años donde las cosas no nos estaban funcionando bien, lo cual se ve en el descenso de la preparación de los estudiantes cuando llegan al duodécimo grado, los grandes problemas de ortografía y redacción o la disminución del rigor en la Universidad por la masividad indiscriminada. Traigo este tema a colación porque me parece fundamental para la sobrevivencia del proyecto revolucionario. Si la educación es instrumento básico en la construcción de una sociedad, no nos puede fallar, y tampoco podemos dejarla en manos de burócratas. Socialistamente no podemos permitirnos que la opinión del pueblo vaya por un lado y las políticas por otro.

Creo que de cualquier manera hay varios elementos perdurables en estos cambios: el auxilio de la tecnología audiovisual (como complemento de la docencia), la estrategia de ir reduciendo el tamaño de las aulas (con profesores suficientemente preparados) el Plan D en la enseñanza universitaria, mucho más descentralizado y abierto, dando cabida a la creatividad local, más orientado a la autonomía del estudiante; la estrategia de diversificar las vías de entrada a la Universidad, que definitivamente la democratiza, porque los puntos de partida, las circunstancias de vida y los recursos nos son homogéneos en la población. Ahora tenemos Curso Para Trabajadores, Curso Regular Diurno, Orden 18, ingreso por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Ministerio del Interior (MININT) y filiales universitarias, diversas oportunidades para que el acceso llegue a ser completamente inclusivo sin caer en el facilismo.

Julio Antonio Fernández Estrada: Después de la crisis de los noventa, la situación empeoró mucho más. Los maestros y maestras formados a la vieja usanza se fueron retirando de sus trabajos o se movieron a zonas más provechosas de la economía, incluyendo el trabajo por cuenta propia como repasadores. Las carreras pedagógicas se deprimieron y, por otro lado, fueron cubiertas por una mayoría de alumnos de los preuniversitarios con los escalafones más bajos y con casi ninguna vocación real por la docencia. Los maestros emergentes -jóvenes convertidos en pocos años en educadores-, en pleno desarrollo de sus propias habilidades y emociones, han pasado a las aulas durante años a enseñar a leer y escribir a niños de primer grado o a convivir, como adolescentes, con sus pares, alumnos de los politécnicos preuniversitarios. Aunque aceptemos sin dudar que la responsabilidad de la decisión no sea de los maestros noveles, debemos aceptar también lo catastrófico de las consecuencias de esta contingencia.

En estos años hemos pasado de tener una educación primaria y secundaria de lujo a vivir presos de la educación paralela para los niños, que deben recibir clases particulares si quieren acceder a un preuniversitario o a la universidad, más tarde. El deterioro cultural, ético y cívico de la educación es verificable si hoy se le pregunta sobre la experiencia en la escuela a cualquier padre cubano, o al menos a cualquier madre o padre de La Habana.

Ha sido positiva en este proceso toda la concepción de la Batalla de Ideas, que me parece que se ha desechado irreflexivamente. La Batalla de Ideas es un concepto central de una política de pobreza con dignidad: nosotros, los cubanos y cubanas, no podemos enfrentarnos al bloqueo del gobierno norteamericano y a la globalización neoliberal con armas, ni con riqueza, entonces debemos vencer en el campo de las ideas. Es un concepto pacifista, humanista, socialista, que después se haya convertido en un ministerio del despilfarro no quiere decir que sea una mala concepción.

También es una idea justa y bondadosa querer universalizar la enseñanza universitaria, en un Estado de trabajadores -según la Constitución- que tenía a principios del tercer milenio una mayoría de blancos e hijos de intelectuales en las universidades.

Si me preguntan cuál es la peor consecuencia que observo de las últimas medidas educativas en los niveles primario y secundario, pues diría que se ha reforzado el papel vertical y burocrático de la gestión educativa mediante procedimientos y metodologías que no toman en cuenta para la toma de decisiones estratégicas en la educación, el sentir ni el saber del pueblo, de padres y madres de los educandos.

Por otro lado, ningún plan de rescate del idioma español ni de la Historia de Cuba ha logrado salvar a la lengua que hablamos y escribimos de la depauperación que sufre diariamente en las mismas aulas dígame faltas de ortografía de los maestros y canciones escuchadas en los recesos, exponentes de la peor lírica en idioma castellano.

No queremos repetir nunca el disparate fundamentalista de que la juventud está perdida, pero lo que no veo por ninguna parte es la mística socialista necesaria para conservar vivo el sistema social que se supone queremos.

La consecuencia mayor de la crisis educativa cubana es la pérdida de las referencias éticas socialistas, libertarias, latinoamericanistas, que no son lo mismo que los discursos dogmáticos de los burócratas que redujeron el marxismo al peor manual, o el pensamiento de Martí a promoción de televisión.

Los sentimientos y las ideas que fundamentan la necesidad de una sociedad sin discriminación, con libertad, con democracia, con inclusión social, con solidaridad por cada ser humano, con dignidad, sin pobres, sin hambrientos, sin injusticia, sin ricos con todo y el resto con nada, no se enseñan profundamente en nuestras aulas, o peor, no se sienten en nuestras aulas.

Hiram Hernández Castro: Cuba fue uno de los primeros países en cumplimentar las “metas del milenio de la educación” planteadas por la ONU para el 2015. Asimismo, dedica a la educación un presupuesto anual que la UNESCO valora como deseable de acuerdo al PIB nacional.

Apenas se sintieron los primeros signos de recuperación económica, como parte de la Batalla de Ideas, se implementó un ambicioso programa de respuesta a los problemas del sistema de educación cubano. Las acciones más conocidas fueron remozar las escuelas primarias y secundarias, ahora con menos alumnos por docente y equipadas con televisión y video. Se fundaron dos canales educativos y mejoró la alimentación escolar. Se aceleró la formación “emergente” de maestros para cubrir la demanda y desaparecieron las licenciaturas pedagógicas especializadas en función de la “integralidad”.

La educación superior, por su parte, asumió la creación de sedes universitarias en todos los municipios del país, lo que amplió las facilidades de acceso a estudios superiores en carreras de ciencias sociales. Se fundó La Universidad de Ciencias Informáticas y la Escuela Latinoamericana de Medicina. En el contexto de las relaciones solidarias con los países del ALBA un grupo de maestros y profesores trabaja en países de la región donde aporta conocimientos, adquiere experiencias y obtiene beneficios económicos de su trabajo. Los éxitos del método “Yo sí puedo” han recolocado a la pedagogía cubana como un referente de la educación social.

Este conjunto de medidas fue presentado por el discurso político como una “incuestionable revolución en la educación” lo que contrastó con la opinión popular. Aunque en la actualidad los medios de difusión y el ministerio del ramo han asumido un espíritu autocrítico, durante largo tiempo la opinión publicada y la opinión pública se colocaron en las antípodas en la evaluación de los resultados obtenidos. Los puntos más críticos fueron la formación “instantánea” de “maestros emergentes”, la desaparición del profesor especializado y el uso de los medios tecnológicos como algo más que apoyo o complementos del proceso de enseñanza-aprendizaje.

De manera que uno de los desafíos actuales se ubica en la formación profesional del personal docente. Donde la deseada integralidad debe ser un punto de llegada de la experiencia y la profundización intelectual. Lo que evidentemente supone mejorar las pésimas condiciones de trabajo y salarios degradantes que causaron el éxodo masivo del personal docente calificado. Todo lo cual significa que es imperativo dignificar la naturaleza de la labor pedagógica.

Con todo esto, las consecuencias negativas de las medidas comenzaron, en mi opinión, con la escasa participación decisiva que tuvieron los afectados —docentes, alumnos y padres— en la orientación de las medidas implementadas. Para educar a un pueblo hay que escucharlo y asumir su mandato.

Lo esperanzador de este inventario reside en la confirmación de que la educación cubana mantiene un alto nivel de atención por parte de la dirección política del país. Es más de lo que pueden decir la mayoría de los ciudadanos del mundo. Sin embargo, a pesar de la voluntad política, una sociedad es y funciona como una totalidad. Los aciertos en las políticas de educación y cultura no persisten con independencia de los errores en las políticas económicas y en la política misma.

Leonor Amaro: Cierto es que la información que se ofrece de manera oficial es solo triunfalista y cuando se refiere a las críticas siempre son tenues, todo lo cual impide que los análisis se puedan hacer con profundidad. Por ejemplo, fuera de los equipos de investigación que manejan fuentes confiables, en general los profesores desconocemos el monto de indagaciones realizadas sobre la eficiencia educativa en Cuba, salvo aquellas que han sido publicadas por las revistas especializadas. Es de suponer que últimamente, por falta de recursos materiales, han faltado investigaciones de corte experimental que revelen con exactitud una relación de causa y efecto entre las enseñanzas impartidas y el desarrollo intelectual de los jóvenes que ingresan a los distintos centros de producción, de servicio o de investigación. En particular, yo solo poseo algunas referencias de las propias encuestas que he hecho con los estudiantes de Historia, donde sí he podido diagnosticar la pobreza cultural con la que llegan actualmente a las aulas universitarias, cuestión esta que no es un secreto para nadie. Sin embargo, la carrera de Historia, en la cual me desempeñé durante cuatro décadas, a pesar de no contar con los requisitos para desarrollar las habilidades intelectuales propias de esta ciencia, ha contribuido al mejoramiento de los alumnos, sobre todo porque la enseñanza de la Historia en niveles medios se expresa en términos tan pobres, sectaria y dogmática, que ellos encuentran en la universidad un ambiente científico que les hace interesante por la indagación en el campo histórico.

Por otra parte, en general los profesores, de cualquier carrera, trabajan con muchas dificultades, por lo que el cumplimiento de los objetivos no logra la calidad que exige una licenciatura y, por consiguiente, el ingreso a los estudios postgraduados, sobre todo las Maestrías, también se ha visto lesionado. El poco rendimiento en las actividades curriculares, así como el alargamiento de la etapa de investigación para presentar las tesis —donde se demuestre la profundidad alcanzada en las técnicas de investigación y en el dominio de la teoría— es la mejor constancia de lo que está ocurriendo en el nivel postgraduado, al menos, en el área de las Ciencias Sociales.

La enseñanza, en sentido general, está sufriendo más que el deterioro en el orden académico —el cual puede ser resuelto a través de autodidactismo— los resultados nefastos en el plano moral. Lo más peligroso es la inconsciencia del deterioro ético que ha acompañado a la sociedad cubana en los últimos años, de lo cual, los centros para la enseñanza no han salido ilesos. El “sobrevivir”, “resolver”, “luchar” o “lograr una busca” no es argumento solo de la marginalidad, hace mucho rato que se asume como realidad casi ineluctable por una parte no despreciable de la sociedad cubana. En el magisterio también está presente, porque sus trabajadores no tienen una buena retribución material, ni han sido privilegiados moralmente como se debía.

Por muchas razones, imposibles de detallar ahora, en la enseñanza media y técnica profesional se ha producido el quebranto de los principios morales. Despreocupación por el poco rendimiento, mantenimiento de formas burocráticas para atender problemas tan serios como los que tienen que ver con la ética, facilismos en los sistemas evaluativos y la doble moral aceptada se han enseñoreado en algunos centros, y aunque constituyan minoría afectan la imagen de lo que ha sido siempre el orgullo de los cubanos revolucionarios.

Para terminar esta pregunta quiero referirme a la difícil situación a que está abocada una tarea tan delicada como la educación, que tiene que ver con las generaciones nuevas y su futuro. La identificación de los errores es solo válida para iniciar un trabajo conjunto que permita sanear todo lo mal hecho y a partir de los logros que se han tenido, realizar un trabajo con todo aquel que quiera contribuir. Colaborar es una necesidad ante las colosales tareas que hay que desarrollar. Los estancos o parcelas deben debilitarse y la tolerancia debe ser una realidad, no un eslogan. El problema educacional es un asunto de todos y, de ahí, el significado de la participación popular a nivel comunitario, lo cual no excluye el esfuerzo que puedan realizar nuevamente las organizaciones de masas que tiene el país.

¿Qué propuestas de reformas haría usted para mejorar el sistema educativo nacional? ¿Qué hacer para formar un ciudadano virtuoso?

María del Carmen Barcia: Es necesario tener en cuenta qué se entiende por ciudadano virtuoso. Se trata de formar un individuo, hombre o mujer, instruido, honrado, justo, digno, capaz en su profesión y con normas de relación social adecuadas (maneras de dirigirse a otros, de presentarse, de saludar, de conducirse en espacios públicos y privados, etc.). Esa formación requiere del espejo, es decir de maestros y profesores que posean esas cualidades, y como nuestro país tiene una población muy envejecida, hay que pensar, con vistas a un futuro cercano y lejano, y enseñar, formar adecuadamente a las personas que se desempeñarán en esa profesión.

Me parece que el término reformas se queda corto, se han implementado algunas y no muestran su eficacia. Hay que pensar a largo plazo, recoger las experiencias de la Escuela Cubana, que llegó a ser de tanta excelencia, sin repetir fórmulas gastadas que ahora pueden parecer mejores, pero que en su momento fueron criticadas, eliminar las soluciones burocráticas, buscar eso que Martí definía “como estar a nivel de su tiempo para flotar sobre él y no debajo de su tiempo con lo que no se podrá salir a flote”.

En nuestro país hay un capital humano considerable y existen, en las diversas especialidades, personas capaces de contribuir a un nuevo diseño. Sería bueno escucharlas, pero no como se percibe una pieza musical para tener deleite, sino para buscar la manera de aplicar, en la práctica, esas experiencias. A inicios de la Revolución el Ministerio, que entonces era de Cultura y Educación, tenía un Consejo Asesor que era escuchado, tal vez esa praxis sería un buen inicio.

Ovidio D'Angelo: Hoy se requiere que todos los sistemas socializadores se pongan en función de una enseñanza para la ciudadanía reflexiva y crítica, capaz de tomar en sus manos, de manera colectiva, armónica y organizada, los destinos de la nación y su futuro. Para ello es importante el conocimiento de las tradiciones, pero sobre todo, el pensar crítico sobre estas y sobre la realidad actual, con un sentido de responsabilidad colectiva y visión de futuro liberador.

Los valores de dignidad humana plena, solidaridad, cooperación y autonomía responsable han de constituir pilares sobre los que se base el carácter del cubano y la posibilidad de construir proyectos de vida autorrealizadores y socialmente aportadores. Ello no depende, claro está, solo de los sistemas socializadores sino de su conjugación con diseños sociales e institucionales que fomenten nuevas relaciones sociales y prácticas humanizadoras en vez de dominadoras, la libre discusión de los temas problemáticos y esenciales -sociales, ambientales, políticos, económicos, jurídicos, etc.- por todas las vías posibles, desde el aula escolar convertida en foro ciudadano, desde la comunidad y en las expresiones de la cultura artística y literaria, los ámbitos académicos de debate del pensamiento sociopolítico hasta en los espacios colectivos de trabajo o vida cotidiana.

El maestro como modelo social, debería formarse como un indagador, promotor de cuestionamientos a la realidad que se vive, en el campo de las ciencias y de la vida cotidiana, fomentar la investigación sin imponer etiquetas previas, propiciar el análisis de la diversidad intercultural y social en todos los ámbitos de la vida. Esa educación *probleémica*, que enseñe a pensar, a actuar, a decidir y evaluar es la única que puede forjar el ciudadano del mañana, más allá del fingimiento, la doble moral, los prejuicios de todo tipo, el silenciamiento, el miedo a expresar lo que se siente, o como diría Erich Fromm...el miedo a la libertad.

La educación ha de salir de los libros y el aula a la práctica de ciudadanía crítica y creativa, y tener la capacidad de forjar actores sociales, desde las bases, que puedan confrontar posiciones diversas y enrumbar el país hacia las mejores opciones de bienestar colectivo y personal, más allá de seguir depositando sus expectativas en mecanismos de poder mediante los que se interpreten sus necesidades y manejen sus destinos, sin control y exigencia plenas del pueblo en ejercicio soberano.

La educación debe ser, menos un instrumento de formalización de logros a través de indicadores de aprobación ficticios –bastante extendidos por las medidas centralizadoras de control institucional- para convertirse en un ámbito de realización profesional y cívica legítimas y valoradas socialmente, algo difícil de lograr en medio de los escasos ingresos del magisterio y de la inercial esfera del trabajo en el país.

Las prácticas de poder –sociopolítico, económico, educacional, etc.-, por tanto, deberían ser el primer objetivo en la reconfiguración de la dignidad humana, como valor social principal en nuestra sociedad, y de la educación en todos sus niveles y sistemas.

Para ello, como decía Marx: “los educadores han de ser reeducados”, cuestión que no es posible si no se confiere autonomía y poder real a las personas, asociaciones e instituciones públicas o colectivas, y la posibilidad de convertirse ellas mismas en fuente de educación social para ejercer sus libertades elementales y conducir las hacia una sociedad de progreso y ética emancipatoria ciudadana.

El problema educativo es, entonces, además del de la remoción de lastres y déficits internos del subsistema, en gran medida el problema de la necesaria proyección del modelo social total hacia objetivos realmente emancipatorios en los que los individuos, en cooperación, encuentren sus vías de realización en los proyectos individuales y colectivos armonizados, en el ejercicio de su libertad solidaria, responsable y creativa para el progreso nacional.

Berta Álvarez: Me plantearía una más radical reforma de la enseñanza. A la altura de estos tiempos y partiendo del desarrollo científico cubano actual y de futuro. La sociedad y la escuela deben crecer a la par. Regresando al primer párrafo: cultura política y educación deben interrelacionarse. La educación es un sistema y como tal debe enfocarse su perfeccionamiento. Existen enfoques amplios para la cultura, no así en la aplicación del sistema educacional. La sociedad emerge diversa y compleja, ¿está la educación a su altura?

Luis Emilio Aybar Toledo: Es difícil agotar en tan pocas líneas las múltiples posibilidades de reforma que ofrece el escenario educativo cubano, además de que muy pocas veces nos damos a la tarea de pensarlo y debatirlo en el espacio público. Se me ocurren tres dimensiones a tomar en cuenta en esa reforma. Una es la que venía diciendo sobre la creación de nuevos canales de participación y control popular sobre la agenda educativa. La misma reforma debería partir de ahí, de un amplio debate popular para definir sus pautas. Otro es la descentralización de los programas, incluso más allá del ámbito universitario. La excesiva homogeneidad de nuestra educación conspira contra las identidades locales, las demandas de las comunidades sobre sus escuelas y las heterogéneas expectativas de los padres sobre el modo de educación de sus hijos. Tenemos que definir socialmente un tronco de contenidos educativos que van a ser comunes a todos partiendo de la identidad nacional, las necesidades sociales y principios básicos irrenunciables de la política educativa en tanto política social (para que no nos suceda como a Chile); más allá, dejar un amplio margen a la creatividad de los diferentes territorios y comunidades. La descentralización sería una puerta para la participación local, sin la cual se reproducen a pequeña escala los mismos vicios de la estructura centralizada en el plano nacional. Esta propuesta de reforma parece un dato adicional, una necesidad postergable, pero no lo es. Es vital para el sostenimiento de la educación pública y gratuita como uno de los pilares del proceso revolucionario. El día en que nos quieran privatizar la educación uno de los argumentos va a ser que el esquema privado permite contar con diferentes opciones para los diferentes intereses de los padres sobre sus hijos: usted quiere que su hijo termine el noveno grado sabiendo cuatro idiomas, hay una escuela para ello, usted quiere educarlo en un perfil cultural determinado, aquí hay otra, y si quiere que se ponga más énfasis en la educación medioambiental, también. Con todo el respeto a las innumerables escuelas privadas que hay en el mundo, de una tremenda vocación humanista y con un excelente trabajo, nosotros tenemos que lograr eso mismo en el esquema público, y con cobertura económica total, como es actualmente en Cuba. En época de crisis, un modelo educativo predominantemente privado demuestra su incapacidad de cubrir a todos los ciudadanos, y además, la educación no puede ser un bien mercantizable. Compatibilizar ambas necesidades, la cobertura total y la heterogeneidad, es el gran reto.

Por último, quería decir que debemos transformar la relación entre la concepción educativa y el método pedagógico. Nuestra concepción es progresista en la medida en que se plantea, en varios documentos rectores, la participación, el pensamiento crítico, el desarrollo autónomo del estudiante, la formación en valores, la inclusión, la solidaridad, pero el método pedagógico no llega a ser coherente con eso. No le damos voz suficiente a los estudiantes y el profesor sigue siendo la autoridad exclusiva del saber; la enseñanza y la evaluación suelen ser muy reproductivas, las ideologías progresistas en que buscamos enseñar las manejamos de una forma casi doctrinal; y luego pedimos que el estudiante piense con cabeza propia y que sea interesado, responsable, participativo. Por esa vía, nunca lo lograremos. Hay que educar en la participación, la autonomía de criterios, la complementación de saberes entre el educador y el educando, el diálogo y la humildad, y no la competencia y la intolerancia, el carácter conflictivo y heterogéneo de las tomas de posición ideológicas. Hay fuerzas transformadores en la comunidad educativa cubana: educadores populares, profesores inquietos e inconformes, extensionistas, estudiantes críticos con muchas ganas de hacer, padres demandantes de cambios, y hasta profesores de escuela o decanos que se crean problemas de vez en cuando por su mentalidad más abierta. Solo basta que una reforma revolucionaria, valga la paradoja, las desate.

Julio Antonio Fernández Estrada: Habría que preguntarse qué ciudadanía para qué sociedad. La virtud de la ciudadanía que quiere fomentar un Estado no democrático o que no tenga entre sus prioridades la justicia social y el protagonismo popular, es la virtud de la desidia, de la aceptación del papel pasivo que debe cumplir ante la vida pública. La virtud cívica que esperamos depende del tipo de sociedad a que aspiremos y del tipo de relación que consideremos justa con el Estado. Por estas razones es que creo que debemos discutir como pueblo, como sujetos populares o ciudadanía involucrada, el destino político, económico y social de Cuba, incluido el educacional.

Si decidimos luchar por una sociedad postcapitalista, o diferente a las formas de organización político-económicas preponderantes en el mundo, entonces podemos planteamos algunas reformas posibles, como: 1) Un aumento salarial contundente a los maestros y maestras de la enseñanza primaria y media, hasta el preuniversitario. 2) Preparación de los maestros más jóvenes por educadores experimentados, que no dejen la tarea de la preparación durante un curso a adolescentes que están aprendiendo ellos mismos a leer y a escribir. 3) Control ético constante de la conducta de los maestros del Ministerio de Educación y profesores universitarios. La exigencia de la ejemplaridad de los educadores y educadoras. 4) Dignificación de los espacios educativos que permita, por ejemplo, que los baños de las escuelas se mantengan limpios. Es imposible formar almas limpias en pasillos, aulas y sanitarios sucios. 5) Revalorización de los métodos de comunicación bancarios, verticales, que las direcciones docentes a todos los niveles educativos aplican a las relaciones con los estudiantes y sus familiares. 6) Utilización consciente y convencida de la obra de José Martí a la hora de educar valores humanos. 7) Utilización de métodos avanzados, revolucionarios, humanistas, liberadores, de enseñanza, que no pongan al estudiantado en posición de escucha y

memoriza, sino de participa y aporta. 8) Profundización de la enseñanza de la Historia de América, que incluya el pensamiento auténtico, las prácticas ancestrales y las doctrinas vivas de los pueblos originarios americanos. 9) Reestructuración de las formas de enseñanza de la Cultura Política, que no deje todo el contenido en reproducción de momentos cruciales de la historia de las ideas, sino que aborde la participación política como núcleo de cualquier cultura. 10) Aplicación de métodos de evaluación democráticos, que permitan la participación de los estudiantes, no para darse sus propias notas, sino para evaluar el proceso del que han sido parte desde el primer día. 11) Conservación de grandes ideas educativas como la apreciación artística, la educación medioambiental, la educación sexual y la educación física. 12) Aunque parezca un disparate ya vencido, politización de los estudiantes universitarios, que permita su participación espontánea y con pensamiento propios en la aportación de ideas y acciones para resolver problemas sociales acuciantes. 13) Tomar en cuenta reservorios culturales redentores que procedan de ideologías, teologías, doctrinas, prácticas de lucha populares, tradiciones orales, leyendas y mitologías de distintas latitudes y épocas a partir del respeto del estado de las ciencias y de la naturaleza de la fe de cada persona involucrada en la enseñanza. 14) Actualización de debates que se deben dar en las aulas, sobre temas como la lucha contra todas las formas de discriminación en el ámbito de nuestra sociedad, no solo en las sociedades foráneas.

Hiram Hernández Castro: Entre la buena instrucción y la buena educación en Cuba falta un salto cualitativo. En mi opinión obedece a dos razones: 1) persisten concepciones pedagógicas autoritarias, dogmáticas, positivistas y despolitizadas; 2) el sistema de educación necesita un Estado garante, pero también una sociedad empoderada capaz de comprometer al ciudadano con la deliberación y decisión de todo lo que lo afecta; pues el burocratismo y el autoritarismo no educan ciudadanos virtuosos.

¿Qué hacer? Primero, comprender que no se puede improvisar en la práctica educativa. Se precisa tener conciencia política de que se está formando a personas individuales y a la nación. Segundo, la escuela no puede ser un espacio de autoritarismo, todo en ella debe ser argumentado y susceptible a la crítica. Tercero, formar pedagogos no es lograr que un personal más o menos preparado se ponga frente a un aula, sino que sujetos capaces de establecer una relación ética y liberadora con el saber y el poder se ocupen de fundar ciudadanos preocupados por los destinos de su patria. Cuarto, una nación exige que la educación no sea un privilegio, pero una república democrática precisa que todos y cada uno de sus ciudadanos sean educados en el hábito de buscar mejores maneras de estar juntos y aprendan a vivir de lo que saben sus propias cabezas y sus manos.

Leonor Amaro: Las propuestas de reforma a un sistema que se ha ido estructurando durante cinco décadas puede parecer algo presuntuoso. Por otra parte, no constituirían más que remiendos para evitar que continúe el deterioro en aspectos esenciales, los cuales no dependen únicamente de cuestiones relacionadas con un modelo educativo particular.

Comencemos por precisar cuáles son los aspectos más sensibles y urgidos de cambios. Si hablamos de la escuela, lo más importante y prioritario es la formación de profesores, en primer lugar para alcanzar una sólida preparación en el campo de las ciencias que debe impartir, con una meta mayor que podría llegar al propio virtuosismo en cuestiones del conocimiento y de la metodología.

Tan importante como lo anterior son las formas de convocatorias para atraer a nuevos profesores. Estos llamados deberán privilegiar el dominio de una cultura general expresadas tanto en la parte académica como en los comportamientos, todo lo cual sería el punto de partida para la aprobación laboral de un maestro. De más está decir que si ello no está relacionado con su reconocimiento en el orden económico poco se logrará, al menos en los momentos en que vivimos.

Asimismo, para formar a un ciudadano virtuoso, un maestro tiene que ser depositario de actos moralmente reconocidos, no solo como buenos, sino también reiterados, para que pueda servir de guía a la conducta de los demás. Pero no basta con hechos aislados, la sociedad debe ser también caracterizada por estas actitudes enaltecedoras a la vez que capaz de hacer las críticas de todo lo que envilezca al hombre. El ejemplo de maestro aislado no basta, la sociedad tiene que mejorar para que sirva de marco de control para que no se extiendan las malas actitudes.

[i] Enrique José Varona. "El Clericalismo en la Universidad". En Ob. Cit., pp. 75-80

[ii] Esta no es una simple afirmación porque he estado muy vinculado a acciones en el sistema educativo nacional y he sido parte, durante varios años, de un programa denominado PRYCREA (Desarrollo de Personas Reflexivas y Creativas) -fuera de las estructuras institucionales educativas y entre otros programas innovadores que existieron en el propio sistema de educación y fueron diluidos-. PRYCREA tuvo logros muy importantes durante varios años en escuelas del país y después del apoyo decidido de autoridades intermedias del Ministerio de Educación, perdió su momento histórico al serle denegada sus posibilidades de extensión por las máximas autoridades educativas de la época (principios de los 90).

**La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org
o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.**

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: P. Yosvany Carvajal, Roberto Veiga y Lenier González.

Diseño: Ballate